

MÉXICO: CRISIS POLÍTICA, ELECCIONES Y RESISTENCIAS

Arturo Anguiano*

1. Un cambio de régimen que no sucedió

Desconcierto, polarización extrema y descomposición político-social, son los aires que impulsan los tempestuosos vientos que saturan la atmósfera política mexicana luego de los resultados inesperados de las elecciones nacionales del 2 de julio de 2006. Mientras que en el año 2000 el triunfo del candidato presidencial del Partido Acción Nacional (PAN), Vicente Fox Quesada, aparecía como la culminación de la muy larga y conflictiva transición hacia la democracia, pues con la derrota del Partido Revolucionario Institucional (PRI) se alcanzaba al fin –luego de un dominio absoluto de setenta años– la alternancia en el gobierno nacional, en el 2006 parece haber sonado la hora de la quiebra temprana de las ilusiones democráticas, del fracaso incuestionable del autollamado gobierno del cambio y de la restauración de los peores atributos y vicios del añejo régimen priísta autoritario, pretendidamente derrotado en aquel entonces. Las campañas, las elecciones y sus resultados resultan de nuevo cuestionables para una parte muy significativa de la ciudadanía, probablemente mayoritaria, caracterizadas por la inequidad, la ausencia de transparencia y credibilidad e incluso violentadas por la ilegalidad, el fraude y la conducta arbitraria de los actores institucionales.

El PRI en retirada, debilitado y dividido, se develó a la postre, paradójicamente, fortificado, a pesar de sus campañas sin eco y de haber sido relegado al tercer lugar en una campaña en la que solamente contaron este nuevo partido oficial llamado Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD). En su larga agonía, el PRI aparece sin embargo como el indispensable fiel de la balanza en un régimen político marchito, fracasado en su renovación desde arriba, pero con todas sus ancestrales tendencias políticas y reflejos autoritarios vigentes como nunca, reconstituidos.

Esto se explica precisamente porque tras la nueva derrota en las urnas del viejo PRI, emerge su auténtica *victoria cultural*, histórica, en tanto que los rasgos, concepciones y prácticas políticas que lo caracterizaron no solamente han perdurado sino incluso no dejan de reproducirse de manera ampliada por el conjunto de los partidos y demás actores institucionales, esto es por la denominada *clase política*¹ cada vez más profesionalizada e indiferenciada y

* Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana (México).

¹ Clase política, burocracia estatal, oligarquía, de lo que se trata aquí es de distinguir una capa social que se separa de la sociedad, asume privilegios establecidos institucionalmente que la habilitan para la captura y gestión exclusiva de las instituciones públicas, sobre la base de reglas y lógicas propias (legales y extralegales) que le permiten reproducirse de manera ampliada, perpetuarse, por más que sus miembros en lo individual puedan transitar de un lado a otro o quedar marginados, al caer en desgracia. Los variados y muy mudables componentes de la clase política se enfrentan por la conquista y reparto de los espacios de poder del Estado, esforzándose por administrar de la mejor manera un régimen político y una economía con

hasta por el resto de los actores económicos o corporativos, cuando no ciudadanos, que hacen y viven la política institucional, esto es estatal. Destaca, en especial, el *clientelismo*, con su cauda de relaciones jerárquicas y corporativas, asentadas en el patrimonialismo y la corrupción generalizada, el influyentismo, la intermediación para trámites oficiales, la utilización facciosa de los programas sociales, de los fondos públicos y en general el manejo arbitrario de las instituciones estatales y de la legalidad. Se impone igualmente, en forma inocultable, la derrama del dinero sucio del narcotráfico y de empresarios sin escrúpulos (valga la redundancia), con los compromisos, protecciones y privilegios que compran en la práctica.

Forjada durante décadas, ésa cultura política nacional se expandió y reforzó todavía más con la eclosión del presidencialismo onnipotente que distinguió al régimen priísta y la cual se ha traducido en la disgregación de un aparato político en decadencia. Las ondas de choque de la caída del PRI-gobierno en el 2000 generaron fuerzas centrífugas que permitieron la rehabilitación por todo el país del caciquismo, de segmentados poderes regionales y corporativos (estatales y sectoriales, en el lenguaje mexicano común), que se cimentaron en la reproducción de las relaciones clientelares, las cuales se volvieron más difusas pero extensas. Adicionalmente, sin la sujeción al poder presidencial y ante la pérdida de los espacios públicos, el estrecho orden jerárquico se desquició y la clase política priísta no ha dejado de abandonar la nave que hace agua por todos lados, irrumpiendo en partidos políticos que anteriormente enfrentaron, asumiendo papeles privilegiados en ellos sin necesidad de reciclarse ni renegar de sus tradiciones perversas.

Asimilados en una clase política ampliada, ahora todos los partidos electorales legalmente registrados se han convertido en *parte del Estado* (ya no intermediarios entre éste y la sociedad), son convidados a repartirse el poder institucional (los cargos de representación, los puestos públicos gubernamentales de los municipios al gobierno nacional, el control de los aparatos partidarios), así como el botín de los presupuestos gubernamentales y el torrente de dinero público con que se financia a los actores de la política estatal. Sus representantes institucionales o partidarios –todos pagados con fondos públicos, devenidos muchos incluso nuevos ricos– forman la clase política encargada de asegurar el sometimiento de la sociedad a sus reglas y políticas, a la dominación del capital, al poder de los de arriba, asumiendo todos con denuedo, aunque no sin matices, la función de reproducir el orden conservador realmente existente y sus gestores.

políticas y prácticas que garantizan el dominio de los de arriba, es decir el gran capital mundializado asentado en México (nota tomada de mi artículo “La política como pesadilla”, *Rebeldía*, México, n° 30, abril 2005). Se puede añadir que los miembros de la clase política, siendo de orígenes sociales muy diversos, tienden a homogeneizarse en cuanto ingresos económicos (legales o corruptos, o ambos), muy por encima de la mayoría de los núcleos sociales que pretenden representar, y a desarrollar condiciones y hábitos de vida con el estilo de los nuevos ricos del subdesarrollo. Proveniente en lo fundamental de los distintos partidos, la clase política enraiza en las administraciones de los muy variados aparatos de Estado, municipales, estatales, federales o nacionales, pero igualmente incluye ciertas capas superiores de organismos sociales corporativos y lo que podríamos llamar comunicadores e intelectuales orgánicos. Los jueces y magistrados, particularmente éstos últimos, representan el ala más privilegiada, acendrada, dura y conservadora de la clase política, todavía dependiente en lo fundamental del poder ejecutivo.

De esta forma, no solamente por la influencia de una cultura política enraizada, sino por la representación directa a través del trasiego de personajes priístas hacia los otros partidos –a los que llegan incluso a incidir en forma decisiva, como en el caso del PRD–, el viejo régimen supuestamente derrotado en el 2000, condensado en el priísmo redivivo, se restaura por todas partes y revalida su legado antidemocrático y autoritario, lo mismo que las políticas estatales en vigor desde el viraje neoliberal de 1982.

No es de extrañar entonces el fracaso estruendoso del pretendido gobierno del cambio encabezado por el Vicente Fox Quesada y el PAN. En realidad, reprodujo el mismo sistema y relaciones de dominación, actuó bajo las reglas de la vieja cultura política autoritaria –renovada con el aporte de nuevas y voraces camadas de la clase política ampliada– y continuó poniendo en práctica el conjunto de las políticas económicas y sociales fabricadas a nivel mundial por el neoliberalismo que impuso el Consenso de Washington. Precisamente aquellas que tuvieron en México su máxima expresión durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), quien consagró la subordinación del país a la economía estadounidense por la vía del llamado Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y ya bajo la alianza con el PAN que desde entonces perdura y que ahora se fortalece con el gobierno panista. La tan publicitada transición democrática se pasmó, quedó en el limbo, la crisis política no encuentra salidas. Se cambió para seguir igual o peor.

A Fox y al PAN les correspondió asegurar una sumisión sin resquicios ni afeites a las políticas del gobierno imperial estadounidense, lo mismo que a los intereses de las grandes empresas mundializadas. Con el pretendido gobierno del cambio, se han reproducido de manera ampliada y afianzado en México la pobreza y el despojo, la precarización del trabajo sometido a la explotación irrefrenable y la exclusión, el desempleo, el desprecio y el racismo acendrado, la migración masiva *al otro lado* (Estados Unidos) que ha asumido el carácter de un auténtico éxodo, la informalización de la economía, el estancamiento económico, la corrupción y el enriquecimiento escandaloso de los muy ricos de siempre y de los recién llegados.

Su originalidad, su aporte distintivo se ha cifrado en la redención de las fuerzas conservadoras más extremistas, atraídas a la luz y la acción públicas desde los reservados donde la Iglesia ha incubado a grupos confesionales y bandas secretas fundamentalistas, de nostálgicos de la Cristiada y el sinarquismo, de ángeles vengadores tales como el Opus Dei, los Legionarios de Cristo, *El Yunque*, *Provida*, etcétera. Al potenciarlos con los fondos públicos y la protección del aparato de Estado, en cuyas estructuras se incrustaron hasta en los más altos niveles, el foxismo fue reconstituyendo también el poder de la Iglesia, su influencia ancestral en la vida social, política y económica de México. El llamado gobierno del cambio, así, en el tercer milenio nos retrotrae hasta el México de Benito Juárez y la “confrontación histórica entre liberales y conservadores”, como apunta Adolfo Gilly². De la derecha priísta disfrazada de centrismo y modernidad se pasó a la derecha ultramontana y primitiva ataviada con ropajes democráticos desgarrados.

² “La CND, los agravios, los caminos”, *La Jornada*, 15 de septiembre 2006.

2. Una trama perversa

Aunque las votaciones del 2 de julio de 2006 ofrecieron resultados aparentemente inesperados en México, en realidad fueron elecciones largamente tramadas, preparadas, acotadas no sólo por quienes controlan el poder del Estado y del dinero, sino igualmente por las fuerzas y personajes que –pretendidamente desde la izquierda– se autoproclamaron como una alternativa de nación que nunca delinearon con trazos claros y precisos. Sobre todo a nivel de las presidenciales, cuyo preámbulo arrancó años atrás, prácticamente desde 2003, luego de las elecciones intermedias y de que el propio Vicente Fox abriera prematuramente la campaña presidencial al evidenciar el vacío de poder, su incompetencia, un gobierno a la deriva, apenas disimulados con el declarado cogobierno de la *pareja presidencial*³. Esto pareció un desvarío más en un país donde el poder del Presidente de la República, como jefe del Estado y del gobierno, lo define la Constitución como un poder unipersonal (un régimen presidencialista) y donde la llamada primera dama había sido una figura decorativa, parte del folclor nacional, que ilustraba las revistas frívolas.

Desde entonces, esto es a la mitad del mandato presidencial de Fox, se estrechó la alianza entre el PRI y el PAN que se confabularon para renovar en octubre de 2003 la integración del Consejo General del Instituto Federal Electoral (IFE), sin considerar el necesario consenso del PRD, la tercera fuerza política institucional. En consecuencia, el IFE, encargado de arbitrar el proceso que venía, pidió de entrada credibilidad, revelándose en tanto espacio de poder de Elba Esther Gordillo, cacique de uno de los bastiones supervivientes del corporativismo, el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), quien se encontraba todavía en ese momento a la sombra del presidente del PRI, Roberto Madrazo, en tanto secretaria general de ese organismo, al cual renunciaría. 2004 inició con los videoescándalos dirigidos a desprestigiar a Andrés Manuel López Obrador (AMLO), jefe de Gobierno del Distrito Federal, quien desde el inicio de su gestión (2000) fue preparando las condiciones para relevar al Vicente Fox y que ya despuntaba claramente⁴. Un año después, el PAN y el PRI, junto con los tres poderes constitucionales (el presidente, la Suprema Corte de Justicia de la Nación y el Congreso de la Unión), emprendieron una ofensiva a fondo para inhabilitar a AMLO por medio del desafuero y su salida del GDF, apoyados en un pretexto fútil: un supuesto desacato a un mandato judicial ridículo, relacionado con la construcción de una calle en un predio en litigio⁵.

En ambos casos, se buscó *judicializar* la política, lo que terminó por degradar la atmósfera nacional de por sí pesada, poniendo en evidencia la arbitrariedad del desempeño de la procuración de justicia en el país y la ausencia de

³ El sexenio de Fox quedó marcado por el protagonismo y voracidad de Martha Sahagún, al inicio su vocera y luego su esposa.

⁴ Difundidos por la televisión, en el canal con más cobertura de la principal televisora, Televisa, los videos mostraban a funcionarios capitalinos o personajes cercanos al jefe de gobierno apostando generosamente en Las Vegas o recibiendo maletas de dinero sucio por parte de un empresario, Carlos Ahumada, quien los grabó y difundió. Véase al respecto Jenaro Villamil, Julio Scherer Ibarra, *La guerra sucia de 2006. Los medios y los jueces*, Grijalbo, México, 2007, pp. 45 y ss.

⁵ Véase mi artículo “México. El desafuero de López Obrador y la crisis política que no cesa”, *Viento sur*, Madrid, Año XIV, n° 81, Julio 2005. También fue publicado bajo el título “El desafuero y la crisis política que no cesa”, *Rebeldía*, México, n° 31, mayo 2005.

independencia del poder judicial, supeditado desde siempre al ejecutivo. Para ello se contó con la fuerza incontrolada de los medios de comunicación masiva que primero habían proyectado al jefe de Gobierno del DF –en torno a quien parecía girar toda la vida política nacional con sus cotidianas conferencias de prensa mañaneras, sus decires y haceres–, para luego invertir su inconmensurable y desmedida fuerza mediática en descalificarlo y anular sus posibilidades de competir por la Presidencia de la República. Los medios de comunicación⁶, en particular el duopolio mediático, Televisa y TV Azteca, con todas sus redes electrónicas y radiofónicas nacionales y hasta supranacionales, parecieron actuar ya no como un supuesto cuarto poder, ni como socio subordinado del poder, sino como un poder capaz de conducir y subordinar a los poderes institucionales⁷. Ante la incompetencia del presidente, el vacío de poder y la degradación de los actores políticos y aparatos institucionales, el poder mediático apareció como vocero, cuando no líder, del poder del capital, del cual forma parte y quien decide la trama de las políticas y la agenda nacionales.

Las ofensivas desde la cima del poder, a pesar de los recursos y medios de tan poderosa coalición de fuerzas oligárquicas, no sólo no prosperaron sino que terminaron por favorecer a Andrés Manuel López Obrador. Mientras más desmesurados y furibundos eran los ataques en su contra, más brotó y creció el rechazo de cada vez más amplios sectores sociales contra el abuso de poder y la arbitrariedad que revelaban. La insólita manifestación y concentración ciudadanas realizadas el 24 de abril de 2005 en las calles y en el Zócalo de la Ciudad de México, símbolo del poder, las cuales movilizaron alrededor de un millón de personas, consagraron el liderazgo de AMLO, quien aprovechó esa movilización para postularse abiertamente como candidato presidencial⁸.

Esos acontecimientos prepararon la campaña electoral de 2006 y fueron degradando y polarizando la vida política institucional del país, monopolizada por la llamada clase política. Escándalos de todo tipo, negocios sucios inocultables de la clase política toda y en especial de la familia presidencial; la corrupción del poder público, del capital y la Iglesia (los poderes ancestrales), con sus complicidades turbias en las zonas oscuras del capitalismo tales como la mafiosa economía informal y el narcotráfico que va dejando su escabrosa estela de crímenes, fueron todos elementos que contaminaron la vida política nacional, en particular la política de carácter estatal, sembrándola de disputas sucias y contradicciones que la socavaron. Anunciaron, a la vista de todos, el modo y el ambiente que se imprimiría en su fase final –que no fue sino su remate– al proceso electoral más largo y disputado en toda la historia nacional. El régimen político mexicano solamente se había renovado con ropajes pretendidamente democráticos que no hicieron sino imprimirle un sentido unidimensional a la política y lo político, en tanto actividades reservadas a actores políticos profesionalizados y restringidas al terreno del Estado, sus instituciones representativas y sus prácticas específicas. Las reformas políticas

⁶ Sobre las características y el poder de los medios en México, véase Raúl Trejo Delarbre, *Poderes salvajes. Mediocracia sin contrapeso*, Ediciones Cal y Arena, México, 2005, especialmente caps. III y V.

⁷ Véase del Subcomandante Insurgente Marcos, *Leer un video*, Separata, *Rebeldía*, México, n° 24, septiembre 2004.

⁸ Véase Anguiano, loc. cit.

que se sucedieron desde 1977 no hicieron sino conceder la *exclusiva* de la participación política a los partidos legalizados, garantizada conforme a las reglas por éstos mismos formuladas. Titulares del monopolio de la acción política, los partidos venden o alquilan entonces sus franquicias (su registro, su personalidad jurídica, sus símbolos), atrayendo a todo tipo de individuos y grupos de poder o que pretendían hacerse de éste. Con un financiamiento público desmesurado (que por lo demás no anula el financiamiento subterráneo ilegal), los partidos potenciaron su presencia pública echando mano del marketing político y de las relaciones clientelares, que determinaron todas sus estrategias, todas sus políticas. Sus relaciones, sus medios, sus posiciones de poder, sus recursos materiales y humanos les posibilitan organizar en cada momento combinaciones electorales cambiantes y movedizas dirigidas a ampliar y reforzar su presencia geográfica y social en el mercado político, así como la posibilidad de recolectar en consecuencia el mayor número de votos y, con ello, de cargos.

Para las elecciones del 2006, el PRI y el PRD se presentaron en tanto Alianza por México el primero (junto con el Partido Verde Ecologista de México) y el segundo como Coalición por el Bien de Todos, aliado al Partido del Trabajo y al Partido Convergencia. El PAN tuvo que presentarse sólo. Esas tres “opciones”, junto con otros dos partidos sin mucha significación ni influencia, registrados con el ánimo de prever ciertos contrapesos (Partido Nueva Alianza y Partido Alternativa Socialdemócrata y Campesina), alistaron sus maquinarias electorales, sus equipos de campaña y sus candidatos, particularmente los presidenciales, bajo la presión e incluso el dictado de la consulta regular y hasta obsesiva de las encuestas y los estudios de opinión a cargo de empresas privadas, manejados en forma discrecional por los medios de comunicación masivos –particularmente los medios electrónicos– y por los propios partidos y demás actores colectivos o individuales, componentes de la clase política ampliada. Como nunca antes, la campaña electoral sería básicamente una guerra en los medios.

Las numerosas campañas que se entrecruzaron (estatales, municipales y nacionales) se condensaron evidentemente en las presidenciales que condicionaron a las demás. De esta manera, Andrés Manuel López Obrador, Felipe Calderón y Roberto Madrazo, candidatos presidenciales de la Coalición por el Bien de Todos, el PAN y la Alianza por México, arrancaron la campaña oficial en posiciones muy disparejas: AMLO con una ventaja de alrededor del 10 por ciento respecto a Felipe Calderón y más respecto a Madrazo⁹. La última etapa de las campañas electorales no solamente fue muy intensa y despiadada, sin reglas ni principios, sino que también estuvo confrontada y puesta en entredicho por una nueva irrupción política del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y por movilizaciones y conflictos político-sociales que no dejarían de manifestarse e incidir en los resultados.

3. La irrupción del otro jugador

Una alerta roja del EZLN en las comunidades rebeldes de Chiapas interrumpió, en el mes de junio de 2005, los soliloquios y las intrigas preelectorales de la clase política y distrajo en particular a algunos medios intelectuales que se interrogaron y especularon sobre las razones. Pero, en realidad, se trataba de

⁹ Sobre las encuestas, vid Villamil y Scherer, op. cit., pp. 37-38.

discutir en colectivo, respecto al balance de su organización y la situación nacional, y decidir “un nuevo paso en la lucha {...} que implica, entre otras cosas, arriesgarse a perder lo mucho o poco que se ha logrado y a que se agudicen la persecución y el hostigamiento en contra de las comunidades zapatistas”¹⁰.

Acorralados en la Selva Lacandona desde el regreso de la marcha del Color de la Tierra de 2001 luego que los tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) rechazaron la reforma indígena, ignorados por los medios de comunicación, eludidos cuando no atacados por innumerables conversos, los zapatistas en realidad pasaron a la ofensiva aprobando y difundiendo la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*¹¹. A ésta le siguieron seis reuniones preparatorias y la asamblea nacional plenaria que el EZLN llevó a cabo en agosto y septiembre de 2005 en distintas comunidades, para preparar y organizar lo que denominó *la otra campaña*, que se fue desarrollando a lo largo de 2006 como un proceso de reorganización y movilización de largo aliento que muchos vieron contrapuesto a la campaña electoral. De nuevo, el EZLN apareció como intruso que llegaba a perturbar los procesos y los tiempos políticos oficiales devenidos una suerte de espectáculo mediático.

En una atmósfera política saturada por los escándalos y la mutuas descalificaciones de las elites, donde prevalece la muy opaca intoxicación mercadotécnica, sin programas ni propuestas de fondo, el EZLN resumió en la *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* la trayectoria de su lucha, su modo de ver el mundo y el país, convocando a la sociedad, a los trabajadores del campo y la ciudad, a los otros que son diferentes, oprimidos, a reflexionar e intervenir directamente en los asuntos que les competen a todos, a fin de preparar una alternativa anticapitalista al orden conservador prevaleciente (*de abajo y a la izquierda*) y dar curso a otra forma de poner en práctica, de concebir, de vivir la política. Ante la desmovilización, subordinación y resignación que propician los de arriba, los zapatistas convocaron a organizar la resistencia al neoliberalismo y la represión, a encontrar las vías de continuidad y confluencia de movilizaciones autónomas dispersas por doquier que bien podrían devenir caudaloso torrente.

Al planear participar con otras muchas organizaciones políticas y sociales, colectivos, círculos, núcleos, medios de comunicación alternativos, familias e individuos en actividades de vinculación, de intercambio de experiencias y reorganización, el EZLN reactualizó la posibilidad de un reagrupamiento político-social, concebido abajo y a la izquierda, sostenido en principios y normas muy distintos a los que rigen en el ámbito de la política estatal que se encuentra supeditado a la lógica arrolladora del orden neoliberal. El EZLN se propuso recorrer el país para escuchar a la gente muy diversa que lo habita, para oír historias de resistencia, conocer quejas y reivindicaciones, asimilar experiencias de lucha, de organización, de gestión, de autogobierno; escuchar la voz de quienes no tienen voz porque les han confiscado los medios de

¹⁰ Subcomandante Insurgente Marcos, *Comunicados del EZLN en el mes sexto del año 2005*, Separata de *Rebeldía*, México, n° 32, junio 2005.

¹¹ Comité Clandestino Revolucionario Indígena, Comandancia General del EZLN, *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, Separata, *Rebeldía*, México, n° 33, junio 2005.

expresión, sus identidades, su memoria o porque han sobrevivido en el abandono y la marginación, tras fronteras y cercos que los segregan y los aíslan. Contribuir así a rehacer la trama de lo colectivo desgarrado por el neoliberalismo y la política estatal y apostar a la comunidad como el espacio de la política de abajo.

El PRD y los sectores o intelectuales vinculados a él fueron quienes más se escandalizaron y más duramente se expresaron en contra de la *Sexta y la otra campaña*, porque ponían en evidencia la fragilidad de un proyecto político que descansaba en un candidato presidencial que solamente se diferenciaba de sus adversarios por el estilo personal y las expectativas alimentadas en forma desmesurada entre la población por una gestión en el GDF sin rumbo ni colores, sostenida en políticas clientelares y asistencialistas.

Primero el Subcomandante Marcos en tanto Delegado Zero, y más tarde 15 delegados más (comandantas y comandantes) de lo que se denominó la Comisión Sexta del EZLN, recorrieron el país al tiempo que avanzaba y se descomponía la campaña electoral, sobre todo la presidencial. Toda suerte de colectivos, organizaciones, núcleos sociales, pueblos, individuos de variados orígenes y ocupaciones fueron encontrándose o reencontrándose, tejiendo la trama de lo colectivo y convenciéndose entre todos, todas, de la necesidad vital de resistir superando disgregaciones y desigualdades provocadas por el neoliberalismo y avanzando en la construcción de un movimiento político-social de gran alcance, alternativo en los hechos, concepciones y prácticas al capitalismo y su senda de explotación, despojo, dominación y violencia.

Más pronto que tarde, la mayoría de los medios ignoraron los pasos de la otra campaña, al no encontrar en ella elementos espectaculares que les permitieran alimentar los escándalos mediáticos de la campaña electoral. El PRD y la parte de la intelectualidad devenida lopezobradorista se cansaron de pregonar tanto el daño que –según ellos– le hacía a AMLO básicamente por no reconocerlo como alternativa de izquierda y desalentar la participación en las elecciones, como el fracaso del EZLN, del Subcomandante Insurgente Marcos y de la otra campaña supuestamente debido a la pérdida de su capacidad de movilización, evidenciada por la ausencia de grandes concentraciones masivas tipo la Marcha por la Dignidad Indígena de 2001. Con ello simplemente no quisieron escuchar ni ver lo que los propios zapatistas anunciaron como un proceso que contrapunteaba y desbordaba la campaña electoral, echado a andar bajo otros ritmos y tiempos del todo diferentes, mediante el reconocimiento y el encuentro colectivo y solidario, igualitario, la búsqueda de prácticas diferentes enraizadas en trayectorias y experiencias que desemboquen efectivamente en nuevos espacios de participación-movilización de los oprimidos y excluidos que alienten la autonomía, la autoorganización, el autogobierno y en general la resistencia al orden conservador y a todos sus actores. Esto es, la construcción de nuevos espacios y sentidos de la política, regresada ésta a la comunidad, a la sociedad, en un sentido plenamente democrático, radical y anticapitalista.

4. Elecciones y descomposición de la política estatal

La polarización de la clase política y en general de todos los actores de la política de arriba (partidos, empresarios, medios, asociaciones diversas, etc.)

involucrados en las campañas electorales entrecruzadas, había sido anunciada y alimentada desde hacía varios años y no dejó de empeorar durante el 2006. En lo fundamental, fueron campañas realizadas a través de los medios de comunicación masiva, los que acapararon la mayor parte de los recursos provistos a los partidos por el financiamiento público (seis mil millones de pesos). Otra parte la gastaron los partidos en la contratación de numerosas encuestas, en la chatarra publicitaria que por doquier contaminó las ciudades, las carreteras, los paisajes y, por supuesto, en los incontables productos e iniciativas perspicaces que alimentaron como siempre y más que nunca el clientelismo generalizado, la compra-venta de lealtades y sufragios. Los topes de campaña legales fueron rebasados con creces, violados, pero la ley electoral sólo prevé sanciones monetarias para los infractores que no se traducen sino en recortes limitados de las subvenciones públicas de los propios partidos.

La *encuestología*, el *marketing político* y la *telepolítica* no se hicieron inocentemente ni tampoco sólo por los actores políticos a quienes la ley les reserva en exclusiva la política institucional, así como la promoción publicitaria de sus actos y acciones. Ni mucho menos se realizaron en equidad y con la transparencia establecida constitucionalmente. Todas las reglas escritas y no escritas, pero vigentes, se violaron en el proceso electoral. Se trató de una avasalladora campaña de propaganda sucia y calumniosa, incluso racista y violenta, de promoción abierta y mentirosa del voto del miedo dirigida a desprestigiar y derrotar al candidato de la Coalición por el Bien de Todos, AMLO, instrumentada por la priísta Alianza por México y sobre todo –con mayor énfasis y derroche de recursos– por el Partido Acción Nacional. Se acabó por deteriorar y pudrir la atmósfera política nacional, causando no sólo miedo, parálisis, sino básicamente una polarización político-social de grandes proporciones.

Pero no fue una confrontación entre los actores partidarios en disputa por la Presidencia de la República, desigual y desproporcionada pero al final de cuentas dentro de los parámetros de la campaña electoral. Implicó, más bien, la intervención de actores políticos expresamente excluidos por las leyes electorales. En especial, el presidente Vicente Fox, quien debería haberse mantenido alejado de la contienda en tanto jefe de Estado y del gobierno, y que en cambio realizó desde siempre una intensa y costosa campaña personal y mediática para detener a AMLO e impulsar al candidato del PAN. Aparte de todos los innumerables pronunciamientos y declaraciones en todo tipo de actos oficiales, Fox invirtió alrededor de 1700 millones de pesos entre el 15 de enero –arranque formal de la campaña presidencial– y el 15 de mayo en cerca de 450 mil *spots* de radio y televisión¹². Más todavía, los programas sociales a cargo del gobierno federal se pusieron al servicio de la campaña de Felipe Calderón, como se denunció recurrentemente. *Toda la fuerza del Estado* –como decían los priístas en sus tiempos de gloria– se utilizó de nuevo contra el candidato perredista, al igual que en los momentos de la ofensiva del desafuero.

¹² Oscar Camacho y Alejandro Almazán, *La victoria que no fue. López Obrador: entre la guerra sucia y la soberbia*, México, Grijalbo, 2006, pp. 90-91. Para tener una idea de la magnitud del gasto de Fox en la campaña, la suma del gasto en este mismo rubro (*spots* de radio y televisión) por parte de los cinco candidatos a la presidencia fue de 982 millones de pesos (idem, p. 92).

Asimismo, organismos privados impedidos legalmente, de manera expresa, a realizar propaganda política electoral en los medios, como el Consejo Coordinador Empresarial (que gastó más de 100 millones de pesos) y numerosas asociaciones civiles filopriístas y filopanistas –la mayor de las veces fantasmales–, mantuvieron hasta el final de la campaña muy agresivos e ignominiosos anuncios pagados en radio y televisión en contra de López Obrador, haciéndose eco de la acusación panista de que era un peligro para México. En los hechos polarizaron clasistamente la campaña, sin que en realidad el contenido de ésta imprimiera esa tonalidad. La Iglesia también hizo su aporte desde los púlpitos y los enlaces confesionales. Muchos de esos mensajes, cuyo costo sumaron cifras multimillonarias, supuestamente fueron transmitidos graciosamente por Televisa, que continuaba como uno de los impulsores principales y más comprometidos de la campaña negra. Se echó mano de todos los recursos, no sólo los mencionados, sino igualmente del Internet, el correo electrónico (siete millones enviados desde Los Pinos, residencia oficial del gobierno), los mensajes en celulares, los carteros, las llamadas telefónicas inquietantes, los rumores¹³. Un clima de desasosiego, de recelo, propicio al temor, la parálisis, la desconfianza y la incertidumbre estimulado bajo la orquestación de la Presidencia de la República. La política, como nunca devino rumor, miedo, una auténtica pesadilla.

Incluso el caricaturesco personaje conocido como el Dr. Simi, Víctor González Torres, invirtió millones de pesos en publicidad política para defender y difundir su supuesta campaña electoral ciudadana retando la prohibición legal expresa, sin que se le impidiera o consignara, tal vez porque después enfiló sus baterías contra AMLO.

Salvo excepción, a pesar del escándalo público, de la degradación de la campaña y de su ilegalidad, ni el IFE ni la FEPADE (Fiscalía especial para la atención de los delitos electorales de la Procuraduría General de la República) ni los tribunales intervinieron en su momento, ni después, para detener y sancionar esas acciones violatorias de la legalidad del proceso electoral que deberían garantizar. Sus actos y omisiones empeoraron la pérdida de confiabilidad y legitimidad de las instituciones estatales que con su neutralidad, autonomía y profesionalismo de oficio deberían asegurar y preservar la legalidad, equidad, transparencia y credibilidad del proceso electoral y la confiabilidad de sus resultados.

La coalición oligárquica recompuesta durante la campaña electoral impulsó en todos los niveles y espacios la polarización política, social e ideológica como *estrategia de guerra* contra la Coalición por el Bien de Todos, especialmente contra el repudiado jefe de Gobierno del DF.

Andrés Manuel López Obrador y los partidos de la Coalición por el Bien de Todos no supieron responder a esa acometida aplastante. A pesar de comenzar la fase decisiva de la larga campaña electoral con toda la fuerza y el apoyo que le dieron las ofensivas abusivas del poder, sobresaliendo con una distancia aparentemente inalcanzable por parte de los candidatos de la derecha *pripanista*, López Obrador siempre, hasta el final, actuó a la defensiva, sin formular ni armar la alternativa política que pretendía, ni comprometerse

¹³ El propio AMLO detalla los gastos y acciones gubernamentales al respecto. Véase su libro *La mafia nos robó la presidencia*, Grijalbo, México, 2007, pp. 205 y ss. Para un análisis detallado de esa guerra sucia mediática véase Villamil y Scherer, op. cit., especialmente el ensayo del primero. El segundo la analiza desde el punto de vista jurídico.

con demandas sociales perseguidas por numerosos y muy diversos núcleos sociales confrontados al poder que lo había condenado, estuvo lastrado en cambio por su estado mayor parapriísta, por redes ciudadanas –a cargo de priístas reconvertidos apenas- que se revelaron un fiasco, así como por un PRD paralizado por disputas internas causadas por las ambiciones y los intereses contrapuestos de las bandas mafiosas que lo integran.

Como ya es costumbre en la “nueva democracia” mexicana, las campañas estuvieron exentas de propuestas políticas, de programas, de compromisos claros y precisos con la sociedad o al menos algunos de sus sectores, particularmente los de abajo. Fuera de los estilos particulares y las personalidades, los discursos de todos los partidos y candidatos se confundían y en suma partían todos, se enmarcaban acomedidamente, dentro de los parámetros de las políticas todavía hegemónicas en el mundo, esto es, las políticas provenientes del Consenso de Washington que han dado forma a la dura y duradera edad del capitalismo neoliberal. Por algo todos los candidatos presidenciales se quejaban de que sus adversarios habían plagiado sus propuestas. Las reglas de la “democracia posible” (mercantil, procedimental, liberal), vigentes desde hace no mucho en México, implican un marco institucional y económico social insuperable, excluyentes social y políticamente, que consideran una fatalidad la supeditación (camuflada de asociación gracias al TLCAN) a la economía norteamericana y el imperio de la mundialización del mercado y de las grandes empresas dominantes,

El escándalo ensordecedor de las campañas sucias no permitió reflexionar sobre la casi nula diferenciación de las propuestas de todos los partidos y candidatos. Había matices, tonos, estilos, por supuesto, pero dentro de un mismo marco, una misma lógica y grandes objetivos: la macroeconomía del neoliberalismo, el Estado acotado, la política estatal (parlamentaria, gubernamental, electoral) restringida a los actores institucionales (la política de las elites, la exclusividad participativa de la clase política ampliada), el clientelismo y la regimentación de los de abajo, más que su movilización, participación y autonomía. Exclusión económica, despojo de recursos naturales y comunidades, precarización del trabajo, confiscación y degradación de la política. En fin, partidos y candidatos refrendaron en forma reiterativa su compromiso de actuar, con matices y modos particulares pero con firmeza, dentro de los parámetros y coordenadas del capitalismo neoliberal que, como sostienen los zapatistas, “se basa en la explotación, el despojo, el desprecio y la represión”¹⁴.

Campañas mediáticas apabullantes, avasalladoras, imposibles de eludir por su omnipresencia publicitaria y mercadotécnica, pero ajenas a la vida social, sin interlocución con la gente, con las comunidades y pueblos, con sus preocupaciones, necesidades, aspiraciones y luchas. La sociedad concebida como televidente, como radioescucha, a la que se le ofrecen espectáculos chuscos, noticias amarillistas y series negras; como consumidora de mensajes y productos chatarra, en tanto mercado a conquistar de cualquier modo, a cualquier precio, al cabo buena parte de los recursos económicos son públicos. Relaciones y promesas entabladas y ofertadas solamente a las clientelas, por medio de personajes clave que aseguran los votos, la lealtad e inclusive los *acarreo*s escenográficos de ocasión sobre el terreno. En la política profesional

¹⁴ Comité Clandestino Revolucionario Indígena, Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, cit., p. 10.

acondicionada por el régimen y la clase política toda, ya no hacen falta las bases de apoyo masivas, sociales, diversas y clasistas que se movilicen, que participen, que opinen, que comprometan su vida, inviertan su experiencia; por algo las principales movilizaciones, las convocadas por AMLO, solamente se produjeron después de las votaciones. En su lugar se requieren espectadores que acepten los mensajes partidarios, los desplantes de los actores ataviados de formas indiferenciadas, muchedumbres fragmentadas devenidas audiencias pasivas, que por consiguiente se resignen a que otros actúen y decidan por ellos, a que otros hagan la política, los reemplacen, los representen, les arreglen en la medida de lo posible la vida o al menos los colmen de promesas, de esperanzas siempre fallidas, pero renovadas sin fin. Pueden cambiar de canal, de programa, de personaje favorito; consumir escogiendo entre la variedad de productos que se les ofrecen, pero no apagar la televisión o el radio ni cambiar de lógica y menos perseguir otros derroteros independientes que labren su autonomía. Por esto la otra campaña y el EZLN suscitaron tantos odios entre los actores institucionales, quienes los lapidaron con su silencio mediático y su desprecio.

5. La incómoda irrupción de lo social

La polarización político social no se expresó solamente en el terreno de la política estatal y de las elecciones en proceso. También estallaron conflictos y luchas que alcanzaron repercusión nacional y hasta internacional y acabaron por marcar en forma definitiva al sexenio foxista, despojándolo en definitiva de sus desgarrados ropajes democráticos y de la imagen de apertura y tolerancia que había intentado forjarse Vicente Fox al principio de su mandato.

El caso más notable fue la represión policiaca en Texcoco y San Salvador Atenco, estado de México, los días 3 y 4 de mayo de 2006, donde gobernantes de todos los partidos y niveles institucionales, de la presidencia municipal (PRD) al gobierno estatal (PRI), hasta llegar a la presidencia de la República (PAN), pusieron una trampa contra el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT)¹⁵, participante destacado de la otra campaña, que años atrás había impedido la construcción de un nuevo aeropuerto internacional en sus tierras, precisamente el mayor proyecto del entonces recién inaugurado gobierno del cambio¹⁶.

Pero igualmente el caso del estallido de la mina de Pasta de Conchos, Coahuila, en la madrugada del 19 de febrero, donde 65 mineros resultaron muertos y desaparecidos bajo tierra por las complicidades corruptas entre el gobierno y los empresarios del Grupo México¹⁷. Lo mismo el de la Siderúrgica Lázaro Cárdenas Las Truchas (Sicartsa), del Michoacán gobernado por el PRD, donde el paro y ocupación de los trabajadores de la planta en defensa de su autonomía sindical ante la intromisión burda del gobierno foxista, fue pretexto para que el 20 de abril fuerzas policíacas armadas hasta los dientes

¹⁵ Véanse por ejemplo los artículos, testimonios y entrevistas en *Rebeldía*, México, n° 42, mayo 2006, particularmente Adriana López Monjardín, "Odio de clase".

¹⁶ Vid. Edith E. Kuri, "Claves para decodificar un actor colectivo: el caso del movimiento de San Salvador Atenco", *Argumentos, Estudios críticos de la sociedad*, UAM-XI DCSH, México, Nueva época, n° 51.

¹⁷ Vid. Jenaro Villamil, "Pasta de conchos, negligencia criminal", www.proceso.com.mx/analisis_int.html?an=48347 y Soledad Jarquín Edgard, "Pasta de Conchos, un año después: negligencia y corrupción", www.proceso.com.mx/noticia.html?sec=0&nta=48283.

realizaran un fallido intento de desalojo violento, asesinando a dos trabajadores e hiriendo a 40 más.

Los maestros de Oaxaca –en huelga desde el 22 de mayo–, mantenían un plantón permanente en el Zócalo de esa ciudad difundiendo su movimiento, cuando, el 14 de junio, sufrieron el ataque de más de 2000 policías e incluso de helicópteros, que pretendieron desalojarlos fallidamente casi en vísperas de las elecciones, lo que politizó una lucha profesional, sindical; encontró una respuesta insólita de los habitantes de esa región sur del país, quienes se levantaron dando vida a la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) y suscitando un conflicto político social de grandes proporciones que no cesa¹⁸. Más tarde la escalada represiva se desplegará en una verdadera guerra sucia compuesta de arrestos ilegales, ataques de paramilitares, secuestros, rebasando la responsabilidad puramente estatal del gobernador Ulises Ruiz, involucrando la furia represiva del gobierno panista.

La Policía Federal Preventiva y las fuerzas policiales estatales –e incluso en ocasiones del ejército y la marina– intervinieron en todas esas acciones represivas con el aval y de los distintos niveles de gobierno, uniendo en la complicidad represiva a los tres principales partidos: PAN, PRI, PRD.

Ante esos casos, a los que se podrían añadir numerosas luchas y resistencias contra el despojo, la explotación, la exclusión, el abuso y la represión que fueron brotando a lo largo del trayecto de la otra campaña en toda la geografía nacional, los distintos candidatos de ninguna manera intentaron acercarse a los descontentos y agraviados, apoyar sus demandas, promoverlas, dales voz o al menos comprenderlas. Al contrario, invariablemente y en forma generalizada, los ignoraron o de plano condenaron los conflictos que perturbaban la “tranquilidad” del proceso electoral y hasta algunos llamaron a ejercer la represión (“todo el peso de la ley”) para restaurar el orden, tratando de aparecer con “mano firme”; candidatos y equipos de campaña se interesaron sólo cuando intuían que podían mover las cifras de las encuestas¹⁹. Para nada importó que, por ejemplo, en Atenco y Texcoco se desplegara una ilegal represión desmesurada y salvaje (alrededor de 4000 efectivos de la PFP y la policía estatal y municipal) con visos de venganza contra el FPDT y de ataque a los perturbadores zapatistas y la otra campaña, implicando flagrantes violaciones masivas de derechos y de mujeres, torturas y asesinatos ostentosos; ni tampoco que el accidente minero tuviera implicaciones criminales al ser provocado por la explotación irracional, la negligencia y corrupción empresarial solapadas desde siempre por el gobierno federal; y menos que la represión de la libertad de manifestación de los maestros oaxaqueños fuera solamente una expresión más de un acendrado gobierno priísta caciquil, antidemocrático, racista y brutal.

Todos esos conflictos revelaron el enojo, la inconformidad y la disposición de los de debajo a no resignarse e incluso a enfrentarse a las fuerzas represivas en relación de fuerzas desventajosa. Incidieron de una u otra manera en las elecciones. Lo más evidente se dio en Oaxaca, pues la movilización popular

¹⁸ Vid. Nasrédine Hodja, “La batalla de Oaxaca”, *La Guillotina*, México, n° 56, primavera 2007 y sobre todo Diego Enrique Osorno, *Oaxaca sitiada. La primea insurrección del siglo XXI*, Grijalbo, México, 2007.

¹⁹ Arturo Anguiano, “La degradación política”, *Rebeldía*, México, n° 43, junio 2006.

acrecentada desencadenó un voto de castigo al PRI que favoreció a AMLO y a la Coalición por el Bien de Todos. Pero lo más importante es que –muchos meses después– persisten sin solución, se agravaron y pasaron a otra dimensión netamente política, como en Oaxaca con la APPO donde se lucha por la caída del gobernador Ulises Ruiz, o no han dejado de acarrear movilizaciones nacionales e internacionales de indignación y solidaridad por la liberación de los encarcelados y las víctimas de las violaciones y abusos policíacos como en el caso de San Salvador Atenco y Texcoco. Incluso, a contra corriente, acabaron por romper el cerco de silencio de los medios e inquietaron a personajes de la clase política cuyas complicidades quedaron al descubierto, y quienes pasaron de la condena y la exigencia de dureza, de “aplicación irrestricta de la ley”, al desconcierto. Más todavía, derrotaron el intento de la clase política toda de imponer el miedo y la parálisis entre la gente para que se resignara a someterse a la política de arriba²⁰.

En el fondo, la convergencia en los hechos de la otra campaña y esas luchas y reivindicaciones ponen en evidencia la existencia de *dos lógicas* que se separan y contradicen de más en más y que están dando lugar a procesos políticos muy diversos, incluso encontrados. Por un lado, la lógica de la política estatal excluyente que aparece como una pesadilla envolvente sostenida en el apremio por disfrute perverso del poder, el que agudiza las contradicciones del Estado, las reacciones intransigentes de todos sus actores (los gobiernos, los partidos, la clase política, el capital), la degradación y la falta de legitimidad, la puesta a andar de la enorme maquinaria represiva. Mientras que, por otro lado, sectores sensibles de los oprimidos y excluidos rechazan los efectos excluyentes de esa política, se inconforman, resisten de mil maneras y avanzan en la recomposición y reorganización autónoma de sus pueblos y comunidades, de muy variados sectores sociales y hasta tratan de encontrar otra forma de vivir la política en colectivo y desde abajo, como en el caso de la otra campaña impulsada por el EZLN y la experiencia reveladora de la APPO.

6. Resultados electorales inesperados

Si bien se trató de una trama anunciada, los resultados electorales del 2 de julio de 2006 sorprendieron, primero que a nadie a López Obrador quien un año antes ya se consideraba vencedor. La guerra sucia continua y los errores del propio candidato, el fracaso de las redes ciudadanas y de los partidos de la Coalición por el Bien de Todos en el aseguramiento de la elemental vigilancia de las 130 477 casillas con representantes acreditados²¹, facilitaron la manipulación de los votos, el llamado fraude hormiga. El Consejo General del

²⁰ “Quieren que abajo nos convenzamos de que sólo es posible la política de arriba, con ellos y ellas, bajo sus reglas y tiempos. (Subcomandante Insurgente Marcos, “¿Qué mujer puede quedarse callada?”, Palabras de la Comisión Sexta, 12 de mayo, *Rebeldía*, México, n° 42, mayo 2006.

²¹ La Coalición por el Bien de Todos contó con alrededor del 79 % de representantes en las casilla electorales a nivel nacional, pero en lugares fundamentales donde el PAN arrasó bajó incluso a 33 % (Nuevo León), 51 % (Sonora), 55 % (Jalisco) y Guanajuato (69 %). Ni siquiera en el DF alcanzó a cubrir el 100 %, logrando 76 % (IFE). En las casi 200 páginas dedicadas a la campaña electoral, AMLO no encontró palabras para realizar ninguna autocrítica. Lo más cercano a ésta, fue cuando reconoció precisamente las fallas en las redes tejidas para cubrir las casillas electorales, aunque culpó de ellas al poder y al dinero, que las afectaron con presiones y la compra abierta de los involucrados. Véase, Andrés Manuel López Obrador, *La mafia nos robó...*, cit., Cuarta parte.

IFE actuó todo el tiempo con parcialidad, omisión o torpeza y el día de la elección administró la información sobre las votaciones de manera que apareciera todo el tiempo por arriba el candidato presidencial del PAN. Incluso se suspendió la publicación de las esperadas encuestas de salida supuestamente por un virtual empate técnico entre Felipe Calderón y AMLO. Esa noche, el presidente del IFE, Luis Carlos Ugalde, y el presidente Fox emitieron mensajes casi simultáneos (falsamente presentado el segundo como inverosímil respuesta al primero) donde anunciaron la imposibilidad de declarar un vencedor, en medio de la tensión y el suspenso, que pretendieron encubrir el comportamiento poco claro y hasta increíble de las votaciones, especialmente en las presidenciales²².

Durante varias semanas se polemizó sobre esta situación y una buena parte de académicos, intelectuales e incluso medios de comunicación afianzaron la idea –compartida por importantes sectores de la población– de que se habían ensuciado las elecciones y alterado los resultados a favor del panista, dejando a López Obrador en el segundo lugar por sólo medio punto: 15 millones 284 votos (35.89%) contra 14 millones 756 mil 350 votos (35.31%), de un total de 41 millones 791 mil 322, apenas el 58.55 % del total nominal, incluyendo los votos de los mexicanos residentes en el extranjero. De ese total, 904 mil 604 votos (2.16 %) fueron nulos. A pesar de la polarización y de las largas y estruendosas campañas, la votación estuvo por debajo de la alcanzada en el 2000, cuando participó con su voto el 63.97 % de los inscritos²³.

De esta forma, resultaron poco confiables y confrontadas en extremo las primeras elecciones presidenciales efectuadas luego de la derrota, en el año 2000, del PRI y del llamado régimen de partido de Estado. La alternancia democrática, simbolizada por un presidente incompetente, inculto y agreste, que mantuvo un gobierno a la deriva y que reprodujo en forma burda los peores vicios del régimen priísta, desembocó no en la incertidumbre democrática, sino más bien en la renovación de la pérdida de confianza en los procesos institucionales, cuya legitimidad queda de nuevo puesta en entredicho.

No se trató de una contienda justa ni legal: dinero en exceso en las campañas para nada regulado a pesar de los topes legales; uso corrupto de los fondos públicos y los dineros privados, oscuros o no; abuso en la utilización arbitraria de los medios electrónicos; restauración de los mecanismos clientelares y de las trampas fraudulentas del viejo régimen, así como de las prácticas facciosas de las instituciones²⁴.

Ante las impugnaciones de la Coalición por el Bien de Todos y la exigencia de apertura de los paquetes electorales y del recuento de las votaciones de la

²² Como concluyó en forma irónica un editorial de la revista *Rebeldía*: “el árbitro resultó centro delantero” (N° 44, julio 2006).

²³ IFE, *Elección 2006. Programa de Acompañamiento Ciudadano*, N° 09, Septiembre 2006. Sergio Rodríguez Lascano desmitifica a las elecciones señalando cómo, de 1994 a la fecha, las votaciones se mantienen por debajo del crecimiento del padrón electoral y tasas elevadas de abstención, a lo que se suma la gran cantidad de votos nulos. (“La crisis mortecina del mando”, *Rebeldía*, México, n° 46, octubre 2006).

²⁴ Según el Subcomandante Insurgente Marcos, López Obrador ganaría con una ventaja respecto a Felipe Calderón de 1 a 1.5 millones de votos, pero éste lo rebasaría con el traslado de 3 millones de votos del PRI hacia el PAN en la elección presidencial, arreglado por Elba Esther Gordillo. Ante el fracaso, se pasó a la alteración de las actas de casilla, facilitada por las muy amplias ausencias de representantes lópezobradoristas. (“L@s zapatistas y la otra: peatones de la historia”, *Rebeldía*, cit.).

elección presidencial (“*voto por voto, casilla por casilla*”), el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF), más conocido como TRIFE, ordenó que se volvieran a contar 11, 720 casillas, alrededor del 10 % del total. El resultado fue que se encontraron alteraciones generalizadas como votos de más o de menos en las urnas respecto al número de votos emitidos o de personas registradas en el padrón electoral, así como votaciones disminuidas sobre todo de AMLO²⁵. Empero, los medios y los comentaristas de la nueva derecha ilustrada –junto con los voceros del PRI, el PAN y los otros partidos paleros– sólo enfatizaron que las sumas numéricas eran insignificantes y que no alteraban el resultado final, lo que según muchos otros, en especial los voceros de la Coalición por el Bien de Todos, sí hubiera sucedido si se anulaban todas las casillas donde había irregularidades. Más todavía si se recontaban los votos del conjunto de las casillas, pues evidentemente era insignificante la diferencia de votos entre Calderón y López Obrador. Urnas embarazadas, saqueo de votos, falsificación de actas de escrutinio, fueron fenómenos que se soslayaron por parte de los partidarios del *statu quo* – muchos de ellos antiguos críticos del régimen y teóricos de la mexicana transición a la democracia–, sin importarles que enturbiaran la pretendida transparencia de las votaciones y cancelaran la certidumbre en los resultados electorales.

Más tarde, el 5 de septiembre, los 7 magistrados del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, quienes poseen la última palabra respecto a la calificación de las elecciones, en menos de 4 horas resolvieron desechar en forma unánime 375 juicios de inconformidad presentados en particular por la Coalición por el Bien de Todos, declararon la validez de la elección presidencial del 2 de julio y declararon presidente electo al candidato del PAN Felipe Calderón²⁶. Inconsistente, contradictorio, irresponsable, reprochable, insostenible, ridículo, fueron algunos de los adjetivos con los que se comentaron las más de 300 cuartillas de un histórico Dictamen que reconoce manipuleos, violaciones, ilegalidades, abusos de personajes como el Presidente de la República y otros, así como de organismos empresariales y civiles de relevancia o desconocidos, pero que se declara incompetente para valorar el impacto que pudieran haber tenido en la elección. Incluso destacó que Vicente Fox violó la Constitución, la ley electoral y puso en “riesgo... la validez de los comicios”, pero nada condujo al TRIFE a pensar ni de lejos en la anulación de la elección presidencial. Ni siquiera porque el cómputo definitivo redujo la ventaja de 0.58 a 0.56 % de votos.

Sí se violó la ley, se actuó abusivamente, se difamó al adversario, se alteraron las cifras, pero no parece que esto haya sido relevante ni que pudiera haber incidido en las votaciones hasta cambiar su resultado...

De esta forma, el largo y conflictivo proceso electoral concluyó en la confusión, el descrédito y la incertidumbre sobre el futuro de una democracia restringida ahora desgarrada, distorsionada por prácticas ilegales y abusivas del poder y

²⁵ Véase por ejemplo “El Top Ten de las boletas mágicas”, *Emeequis*, México, n° 30, 28 de agosto de 2006 y Jorge Carrasco Araizaga, “Manipulación confirmada”, *Proceso*, México, n° 1554, 13 de agosto de 2006, quien describe “una estrategia sistemática para manipular votos”. Igualmente, vid Villamil y Scherer, op. cit.

²⁶ *Dictamen relativo al cómputo final de la elección de Presidente de los Estados Unidos mexicano, declaración de validez de la elección y de presidente electo*. Comisión dictaminadora: magistrados Alfonsina Berta Navarro Hidalgo y Mauro Miguel Reyes Zapata, México, 5 de septiembre del año dos mil seis.

del dinero. El régimen autoritario reconstruido por el foxismo en alianza duradera con el viejo priísmo, despoja a las instituciones estatales encargadas de los procesos electorales y de la justicia de la poca credibilidad que habían logrado en años anteriores; la legalidad en México sigue siendo como siempre acomodaticia, sometida al arbitrio del poder y el dinero. El Estado de derecho sigue en veremos. La impunidad y la ilegitimidad regresan a Los Pinos y el presidente impuesto no ha dejado de encontrar dificultades para remontar una pendiente muy empinada y resbalosa. Su mandato lo inició resguardado por el ejército, el Estado Mayor Presidencial y los cuerpos policíacos de elite, de más en más omnipresentes, viviendo a salto de mata, acosado por quienes rechazan el fraude y se rehúsan a aceptar pasivamente la utilización insolente del poder para darle continuidad a uno de los peores gobiernos en toda la historia del país.

La derecha pripanista hace planes para perpetuarse hasta el 2030, pero la sociedad no parece que se resigne, responde y se moviliza de diversas maneras y en distintos medios para dismantelar esas pretensiones. Las relaciones de fuerza, los cambios de bando, las conversiones de diferentes actores políticos y personajes no dejan de producirse y dar forma a nuevos realineamientos y propuestas políticas. Si bien los actores institucionales mantienen la misma lógica estatal que los determina sin remedio y los somete a sus intereses específicos –más aún cuando se encuentran fragmentados en facciones mafiosas, como es el caso notable del PRD–, la frustración y el desencanto en núcleos sociales muy amplios puede derivar en apatía, pero igualmente en quiebra de ilusiones que pudieran desencadenar la necesidad de buscar otras vías y medios de participación política, los que ya se ensayan en muchos lugares. El régimen hace agua por todos lados.

La *nueva derecha ilustrada* que durante décadas comulgó con la democracia, impugnando el autoritarismo, la corrupción y la ausencia de legitimidad del régimen priísta, evidenció su reconversión y fidelidad al orden establecido, lo que a muchos sorprendió todavía. Alentada por inefables gerentes culturales (Enrique Krauze y Héctor Aguilar Camín), fundadores de revistas monocromáticas como *Letras Libres* y *Nexos*, la nueva derecha ilustrada, cada vez más extensa e intolerante, condenó las denuncias de las irregularidades del proceso electoral, repudió y ridicularizó al candidato despojado, Andrés Manuel López Obrador, no encontrando razones para hablar de fraude no obstante las violaciones e irregularidades reconocidas por el propio tribunal. Así como ayer descalificaron al zapatismo por su carácter irruptivo, subversivo y luego ningunearon la otra campaña –cuya dimensión no quieren entender–, los adalides de la nueva derecha ilustrada rechazaron cualquier movilización o crítica poselectoral que pudiera socavar las atribuciones, o poner en entredicho el desempeño de los órganos institucionales como el TRIFE o el IFE (ilegal o faccioso para muchos) y por supuesto del nuevo presidente, Felipe Calderón Hinojosa, electo en forma sospechosa. Devenida autoritaria, fundamentalista y acomodaticia, la nueva derecha ilustrada (ampliada con innumerables conversos provenientes del propio perredismo) aprovecha su acceso al ámbito privilegiado de los medios electrónicos –que han contratado y asimilado a sus más afamadas personalidades– para pontificar sobre la consolidación de la democracia mexicana y su papel ejemplar en el mundo.

7. La resistencia civil de AMLO

El desencanto ante el fraude y la imposición de Felipe Calderón pueden acelerar la desilusión por la política estatal y a cerrar la opción electoral como posibilidad de recambio político. Por lo pronto, se logró en un primer momento establecer un puente, una cierta solución de continuidad entre la movilización ciudadana contra el desafuero abusivo intentado por el foxismo y el repudio al fraude electoral que despojó a AMLO de su triunfo e impuso a Felipe Calderón como presidente usurpador.

El 3 de julio se abrió paso la incertidumbre entre las fuerzas de la Coalición por el Bien de Todos y los millones de votantes que vieron en Andrés Manuel la posibilidad de cambio, o al menos como la posibilidad de impedir la continuidad del gobierno de la derecha fundamentalista representada por el PAN. En los corrillos se hacían apuestas sobre si al desenlace sorprendente de las elecciones –sospechoso de fraude– AMLO respondería al igual que Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, desactivando cualquier movilización a fin de impedir confrontaciones incontrolables, o si movilizaría como lo había hecho en el pasado en su estado natal, Tabasco. De hecho, sus respuestas fueron inseguras, titubeantes y contradictorias desde el día de la elección, las que mostraban su estupefacción por resultados que jamás entraron en sus cálculos. Reivindicando primero que nada el triunfo y buscando limpiar las lecciones a través de la intervención del tribunal electoral (el TEPJP), para casi de inmediato descalificar a ésta instancia legal, condenándola de antemano y llamando a la resistencia civil para acorralarla.

El domingo 30 de julio, con simpatizantes provenientes de distintos estados de la República, en el Zócalo de la Ciudad de México, el movimiento de resistencia civil encabezado por AMLO se declaró en asamblea permanente contra el fraude electoral. Instaló entonces 47 campamentos a lo largo de los diez kilómetros del corredor Reforma-Juárez-Madero-Zócalo, arteria citadina central que es al mismo tiempo uno de los circuitos financieros principales del país²⁷. En la asamblea informativa del 15 de agosto en el Zócalo, López Obrador convocó a realizar el 16 de septiembre en ese mismo lugar la Convención Nacional Democrática, a fin de organizar la resistencia civil y pacífica en caso de que se consumaran el fraude electoral y la imposición del candidato de la derecha, así como para decidir “el papel que asumiremos en la vida política de México ante la actual circunstancia”. Prácticamente serían delegados todos aquellos que decidieran estar presentes en CND²⁸.

Durante los dos meses y medio que duraron el llamado *megaplantón* y la asamblea permanente en el Zócalo, AMLO fue radicalizando su discurso, pero ni en los plenos ni en las numerosas actividades que se realizaron en forma recurrente en los plantones se admitieron posibles errores que pudieran haberse cometido durante el proceso electoral, ni mucho menos se reflexionó sobre esa circunstancia. Tal vez por esto se privilegiaron las actividades culturales y artísticas (una resistencia cultural, como la llamó Andrés Manuel)²⁹ para dar vida al plantón organizado en distintos campamentos, con grandes

²⁷ Una de las más destacadas personalidades del lopezobradorismo, Elena Poniatowska, hace la crónica de los días del plantón y del ambiente político polarizado que se vivió entonces: *Amanecer en el Zócalo. Los 50 días que confrontaron a México*, Planeta, México, 2007.

²⁸ *La Jornada*, 16 de agosto de 2006.

²⁹ Andrés Manuel López Obrador, discurso en la asamblea del domingo 27 de agosto de 2006, www.cnd.org.mx/asamblea270806.php.

carpas prácticamente de carácter industrial (equipadas con mobiliario *ad hoc*, televisores y servicios de todo tipo) y con un equipo impresionante de sonido que permitía que se escucharan en ellos las asambleas del Zócalo.

El clima imperante fue de autoafirmación y rechazo a cualquier crítica, reproduciendo la misma actitud defensiva que prevaleció durante la propia campaña electoral. Muchos de los intelectuales y académicos, así como voceros de los distintos partidos de la Coalición por el Bien de Todos, que pronto devino Frente Amplio Progresista (FAP), legalmente registrado ante el descalificado IFE, prosiguieron condenando a quienes no se sumaron a la campaña electoral y mantuvieron una distancia crítica desde la izquierda. Mientras López Obrador proclamaba su triunfo en las elecciones, desde el 3 de julio ellos ya buscaban culpables del fracaso, de la derrota, culpando a la Otra Campaña y al EZLN de haber favorecido la abstención y en particular a personajes como Cuauhtémoc Cárdenas, quien a final de cuentas votó por los candidatos de la coalición, pero a quien no dejaron de denostar como traidor, por su distancia respecto a AMLO. Se armó entonces una suerte de “lopezobradorismo ilustrado” –como lo denominó el delegado Zero–³⁰, algunos de cuyos más intrépidos y recalcitrantes paladines se refugiaron significativamente en la revista *Memoria* y en el diario *La Jornada*, donde sus espacios regulares se llenaron de proclamas, lecciones y diatribas inescrupulosas. De hecho, al igual que la nueva derecha ilustrada, alimentaron una intolerancia extrema que se revela como otra forma de la violencia.

La Convención Nacional Democrática del 16 de septiembre, en realidad fue un impresionante y masivo mitin que rebasó incluso la multitudinaria y desbordante manifestación del silencio contra el desafuero del entonces jefe de Gobierno del DF, con una asistencia un millón 25 mil 724 de “delegados”, según las cifras manifestadas por sus organizadores. Con intervenciones preparadas por ciertos personajes designados y sin posibilidades ningunas de discusión, en primer lugar resolvió “rechazar la usurpación y {...} desconoció a Felipe Calderón como presidente de la República” y por lo tanto, en segundo término, nombró “presidente legítimo de México” a Andrés Manuel López Obrador, quien tomó posesión el 20 de noviembre, aniversario del inicio de la Revolución mexicana. El plan de acción de la resistencia civil se limitó a portar listones (moños) tricolores, no consumir productos ni servicios de empresas que favorecieron a Calderón, no escuchar noticiarios mentirosos y parciales, realizar cadenas humanas, jornadas de propaganda y otras acciones sorpresivas de carácter propagandístico. Asimismo, se acordó preparar acciones para el 1 de diciembre ante la toma de posesión de Calderón y una nueva reunión de la CND el 21 de marzo de 2007³¹, la que se realizó sin pena ni gloria ni orientaciones políticas.

La reunión inaugural de la CND permitió a López Obrador y a las fuerzas del flamante FAP levantar el *megaplantón*. Éste, sin duda, fue insólito, muy distinto a cualquier otro organizado plebeyamente. Se caracterizó por recursos materiales impresionantes, brotaron actividades imaginativas y a veces espectaculares de mucha gente que intervino, pero sobre todo se distinguió porque los campamentos concentraron (prácticamente acuartelaron) a muchos dirigentes, funcionarios, representantes y militantes partidistas de numerosos

³⁰ Subcomandante Insurgente Marcos, “Los zapatistas y la otra...”, cit.

³¹ *La Jornada*, 17 de septiembre de 2007 y “calendario de tareas de la CND”, www.cnd.org.mx/calendario.php.

lugares del país y de las direcciones nacionales, locales y en particular del Distrito Federal, lo mismo que miembros de la estructura de cargos institucionales alcanzados por la coalición y sus clientelas. Todo ellos, en su mayoría, como era natural, del PRD. Pocas acciones se realizaron por fuera o al margen de los campamentos tanto en el DF como en otras ciudades del país; fueron acciones esporádicas sin ninguna coordinación evidente. Más bien, lo que al parecer se promovió fueron delegaciones, grupos de simpatizantes de diferentes lugares de la república, que llegaban en forma rotativa a poblar el plantón y los mítines.

Tal vez por esto, el *megaplantón* congregó también de manera significativa a incontables simpatizantes inorganizados y hasta desorganizados que buscaron el medio y el momento para expresar su descontento y su rechazo a la imposición fraudulenta del renovado viejo régimen autoritario y excluyente.

En el aire quedaron (y se disolvieron más pronto que tarde) muchas especulaciones y teorizaciones desmesuradas, por parte del *lopezobradorismo ilustrado*, acerca de los sentidos y alcances en particular de la llamada Convención Nacional Democrática, que iban desde el doble poder a la crisis revolucionaria. Pero lo cierto es que se expresaron y alimentaron, asimismo, ilusiones y esperanzas puestas en el liderazgo de López Obrador por parte de los muchos, muy diversos, que llenaron repetidamente el Zócalo y dieron vida y cierto contenido social y político a los campamentos.

El 20 de noviembre de 2006, con la multitudinaria ceremonia de la toma de protesta de Andrés Manuel López Obrador como “presidente legítimo”, se cerró prácticamente el ciclo de movilizaciones poselectorales, ya anunciado desde el levantamiento de los campamentos en el Distrito Federal. En ningún momento, la llamada resistencia civil lopezobradorista se vinculó con las movilizaciones sociales que se produjeron antes y después del 2 de julio y que, sobre todo en Oaxaca, fueron enfrentadas el 29 de octubre por el desfalleciente gobierno panista de Vicente Fox (de nuevo en alianza con el PRI y la complicidad de representantes perredistas aliados a Ulises Ruiz) con la ocupación militar de la ciudad de Oaxaca y el recrudecimiento de los asesinatos, la represión y persecución encarnizadas que venía sufriendo la APPO desde su constitución luego de la agresión del 14 de junio. Los presos, reprimidos y violados de Atenco y Texcoco tampoco recibieron ninguna solidaridad efectiva.

La farsa del gobierno y del presidente legítimos solamente dejó manos libres a las mafias políticas de los partidos del FAP, que de inmediato reprodujeron un doble discurso que fue chocando con lo fundamental de sus acciones políticas, determinadas por la pugna por la distribución de espacios de poder y recursos en el Congreso de la Unión. El propio AMLO se enredó en las contradicciones de su pretendido discurso radical (“al diablo las instituciones”) y su intervención en las campañas electorales estatales y la persistencia de sus acuerdos pragmáticos con recién renegados del priísmo, como Juan Sabines, candidato de último momento del PRD, quien se convirtió en gobernador de Chiapas, refrendando en este estado la alianza del perredismo con paramilitares, agresores y promotores de la guerra de baja intensidad contra las comunidades zapatistas.

Se hicieron patentes el lastre del equipo parapriísta cercano a AMLO, organizador del fracaso electoral y de la resistencia civil, y las contradicciones insuperables de la pretendida combinación de la acción institucional y el repudio de la misma. Sin autocrítica posible, López Obrador no acertó a definir

con precisión las perspectivas de su lucha y los posibles plazos y desenlaces de la misma, simplemente ignoró al gobierno de Calderón que también se sentiría aliviado sin la presión de un liderazgo y un movimiento nacional con objetivos precisos que podrían haberlo acorralado. Las opciones políticas y propuestas de la campaña electoral de AMLO, las que para nada rebasan en lo fundamental los parámetros del capitalismo y las políticas neoliberales, simplemente se reprodujeron con la presidencia legítima, que no logra encontrar un perfil que lo diferencie efectivamente de la presidencia deslegitimada pero real de Felipe Calderón y el nuevo gobierno panista. El culto a AMLO y la proyección de su liderazgo no bastan para mantener en forma duradera una ficción que pudiera generar en forma recurrente movilizaciones a la orden, menos todavía si las perspectivas se sintetizan en preparar desde ahora las elecciones del 2012. Éstas, por lo demás, resultan en extremo inciertas en el contexto de un PRD y una frágil alianza (FAP), que sobrellevan con incomodidad una relación conflictiva y poco clara con un ex candidato que los incomoda y que se desviven por voltear la página y disfrutar a sus anchas de sus logros electorales.

El PRD y demás partidos del FAP cayeron en la fantasía de que las movilizaciones de la resistencia civil poselectoral representaban el restablecimiento de sus vasos comunicantes con la sociedad y con la intelectualidad, con quienes desde hace tiempo habían abandonado cualquier interlocución; esto sin que realmente se hayan preocupado por ofrecerles mecanismos de interacción e intercambio para involucrarse en sus problemas e intereses —ya no digamos para que pudieran incidir en las decisiones partidarias— ni mucho menos matizar su muy utilitaria concepción clientelar y facciosa de la política. Pero la lógica de la sociedad, la lógica de los movimientos sociales son muy distintas a la lógica de los aparatos políticos, como se ha visto. La vinculación con la sociedad requiere de entrada alternativas efectivas a las existentes que partan de sus necesidades, intereses e incluso sueños. Participar en su vida cotidiana, apoyar sus demandas y luchas, abrir y reacondicionar los espacios políticos colectivos y no solamente entender a la sociedad como un mercado donde es posible reunir clientelas cada vez mayores a cambio de ciertas dádivas. Pero más pronto que tarde, los aparatos partidarios del FAP se enfrascaron en disputas que mostraron incapaces incluso de darle continuidad a su alianza electoral y participar unidos en las elecciones estatales del 2007 y se olvidaron de quienes solamente entran en sus estrategias en tanto clientelas seguras. La “credencialización” (afiliación) que el “gobierno legítimo” realiza por todo el país al paso de los recorridos de AMLO, tampoco parece que busquen echar raíces sociales ni hacer convergir luchas sociales que más bien le resultan ajenas; podría ser la apuesta hacia la creación de otro partido.

En realidad, la llamada CND y el “gobierno legítimo” condensan su estrategia en una sola perspectiva: esperar el llamado de Andrés Manuel López Obrador. Las políticas que AMLO, sus aparatos partidarios y sus personajes aliados mantuvieron y conservan todo el tiempo el carácter y el sentido de una política institucional, estatal, y por lo mismo excluyente, al pretenderse institucionalmente representativa. Renegar de las instituciones deslegitimadas, combatirlas y tratar de transformarlas implica caminos y procesos que no está claro que estén dispuestos a recorrer y emprender Andrés Manuel López Obrador y mucho menos sus aliados.

8. Oaxaca, la otra campaña, crisis política,

Resulta patente la centralidad de las elecciones en la coyuntura política mexicana de 2006, pero la irrupción de lo social no esperó los resultados electorales, brotando por todos lados expresiones de inconformidad y resistencia que desembocaron incluso en una auténtica rebelión popular en Oaxaca, al sur del país. Si bien algunos núcleos sociales organizados, como los sindicatos de la Unión Nacional de Trabajadores (UNT), se vincularon a la campaña electoral sosteniendo al candidato de la Coalición por el Bien de Todos, AMLO, otros más organizados de distintas formas y niveles o inorganizados, desdeñaron la fiesta de los de arriba, a la que solamente habían sido convocados en tanto clientelas política y posibles votantes. Perseguidos y reprimidos, marginados en realidad de la vida política devenida exclusivamente institucional (asunto sólo de la clase política ampliada), excluidos económicamente o sometidos a la explotación y la precarización del trabajo, ignorados o impedidos en sus expresiones culturales o modos de vida singulares, comunidades, pueblos, asociaciones, colectivos o individuos no dejaron de bregar en un sentido diverso al de los partidos enfrascados en una lucha electoral degradada.

La irrupción incluso violenta de lo social en la coyuntura electoral introdujo abruptamente otra lógica distinta a la estatal, la lógica de los oprimidos no sólo en resistencia, sino en busca de su propio proyecto alternativo.

Como queda dicho, el caso más significativo fue el de Oaxaca, donde un simple plantón de maestros con fines salariales fue transformado por la represión gubernamental en una lucha política que fue abarcando de más en más sectores sociales hasta abarcar a la mayoría de la sociedad oaxaqueña. Ante el intento fallido de desalojo policial del 14 de junio de 2006, se fueron armando manifestaciones crecientemente masivas (150 mil, 250 mil, 500 mil, 800 mil participantes) y las movilizaciones y enfrentamientos con los policías, cuerpos paramilitares y simples pistoleros del gobernador Ulises Ruiz se prolongarían hasta el 29 de noviembre, cuando se retiró la última barricada; ante la destrucción de radio plantón mediante el cual los maestros difundían sus demandas, universitarios toman Radio Universidad y luego, el 1 de agosto, mujeres rebeldes ocuparon las instalaciones de la radio y televisión estatales y más tarde, cuando éstas fueron anuladas por la acción de pistoleros, la gente respondió tomando 14 radiodifusoras más. “La radio se convirtió en el instrumento que enlazó a los barrios organizados, convocó y movilizó a la población”³².

Las movilizaciones condensaron agravios y descontentos que venían de atrás y asumieron una forma organizada a nivel de todo el estado y no solamente de la ciudad capital: la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO)³³. Ésta retomó las tradiciones comunitarias de organización y decisión, verdaderas formas de autoorganización y autogobierno de las comunidades indígenas. Autoorganización y movilización, toma de palacios municipales por los

³² Luis Hernández Navarro, “Oaxaca: un año después”, *La Jornada*, 19 de junio 2007. En éste artículo se realiza un balance muy sintético del movimiento.

³³ El gobernador no solamente había sido electo dos años atrás mediante el fraude, sino que retomó las prácticas caciquiles y represivas características de los gobiernos del estado. Sobre los antecedentes, véase Eduardo Bautista Martínez, “Oaxaca: descomposición del régimen y articulación de resistencias”, *Memoria*, México, n° 214, diciembre 2006 y Jorge Pech Casanova, “La escuela de la arbitrariedad y el miedo”, *Lunazeta*. Revista de creación, análisis y reflexión, Oaxaca, n° 23, noviembre 2006.

pueblos³⁴, desaparición de facto de los poderes institucionales del estado, fueron respondidos por parte del gobernador de Oaxaca con la represión legal y extralegal: pistoleros, cuerpos paramilitares, policías disfrazados, hostigando y atacando todos a los ciudadanos movilizados. Las barricadas no se hicieron esperar y brotaron por todas partes, acentuando el carácter plebeyo de la rebelión. Cientos de ellas, controlaron por completo la ciudad, convirtiéndose no solamente en una forma de defensa ante los francotiradores y caravanas de la muerte, sino en verdaderas “verbenas nocturnas”³⁵, en sitios de encuentro, discusión y politización acelerada de cientos y miles que jamás se habían movilizado o participado en política (sobre todo jóvenes, muchos jóvenes desempleados, *chavos* banda, de los barrios más pobres y marginados).

El gobierno de Vicente Fox fue al rescate de Ulises Ruiz ocupando militarmente la ciudad de Oaxaca (bajo el disfraz de la Policía Federal Preventiva). Muertos, desaparecidos, golpeados, dirigentes arrestados, decenas de perseguidos por una justicia convenenciera, resumieron una verdadera política del terror, como escribió Luis Hernández en el mencionado artículo, que preludió el inicio del nuevo gobierno federal de Felipe Calderón. Otro escándalo de violaciones burdas de los derechos humanos, ya característicos en México será documentado por distintas instancias nacionales e internacionales.

Ante toda esa situación extraordinaria, nula respuesta del PRD, del FAP y de AMLO quienes estaban en otra frecuencia, en una resistencia civil que solamente tenía en la mira el fraude electoral y su desilusión respecto a las instituciones estatales en las que se han participado y participan todavía³⁶. Solamente el EZLN y la otra campaña impulsaron movilizaciones internacionales en más de treinta países y una movilización nacional el 22 de diciembre de 2006 que tuvo su punto central en Chiapas, donde las bases de apoyo zapatistas se manifestaron en solidaridad con sus hermanos oaxaqueños. El movimiento político social y la APPO no están derrotados, aunque han entrado en una fase defensiva y latente que un año después siguen mostrando permanencia y capacidad de movilización.

De su lado, la otra campaña mantiene su larga marcha por todos los rincones del país, no se oye ni se ve en los medios de comunicación masivos que por lo demás la han ignorado deliberadamente como una fuerza intrusa y subversiva³⁷. Pero durante más de un año fue tejiendo rebeldías, compartiendo experiencia y formas de organización muy diversas de muy distintos actores colectivos e individuales: comunidades, pueblos, barrios, colectivos,

³⁴ Fueron tomados los palacios municipales de Huautla de Jiménez, Jalapa del Marqués, Pinotepa Nacional, Tehuantepec, Salina Cruz, Ciudad Ixtepec, Juchitán, San Blas Atempa, Matías Romero, Zanatepec, Tapanatepec, Acuites y Santiago Juxtahuaca (Diego Enrique Osorno, *Oaxaca. La primera insurrección...*, cit., p. 34. Este autor ofrece una amplia crónica de la revuelta).

³⁵ Alejandro Moreno Corzo, “La batalla del 2 de noviembre. De la resistencia como una de las bellas artes”, *La Guillotina*, México, n° 56, cit. y George Lapierre, “La Comuna de Oaxaca: mito o realidad”, *idem*.

³⁶ “Toda la clase política ha estado en contra de ese movimiento por la sencilla razón de que reivindica para el pueblo (los pueblos) el sagrado derecho de la soberanía para decidir quién gobierna y {...} cuando esa soberanía se rescata y comienza a ejercerse por quien es su sujeto, entonces la clase política deja de ser necesaria” (Sergio Rodríguez Lascano, “La comuna de Oaxaca”, *Rebeldía*, México, n° 48, noviembre 2006).

³⁷ Para seguir la otra campaña son indispensables tres fuentes básicas: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx>, los distintos números de *Rebeldía* y las crónicas de Hermann Bellinghausen en *La Jornada*.

asociaciones, medios alternativos, individuos, etcétera. Esto es, actores similares a los que protagonizaron la rebelión en Oaxaca. Abajo y a la izquierda, como lo propuso el EZLN, convergen en las resistencias al neoliberalismo que los despoja, desprecia, explota y margina y van asumiendo concientemente una estrategia anticapitalista de largo plazo.

Coincidiendo con la campaña electoral, la otra campaña asumió primero el carácter de una búsqueda del diálogo, del reconocimiento, del encuentro o reencuentro: compartir dolores, agravios, desilusiones y resistencias. Pero enseguida se fue combinando con la búsqueda de mecanismos e instancias de coordinación y organización duraderas, de exploración de necesidades y sueños en vistas a la formulación del Plan Nacional de Lucha que se quiere colectivo, nacional, brotando desde abajo, entre los de abajo. Las propias condiciones impuestas por el Estado y la clase política toda conducen a preparar las condiciones y el terreno para pasar de la resistencia a la ofensiva y a la lucha franca.

Todos los estados y regiones del país fueron visitados por los delegados zapatistas (Subcomandante Insurgente Marcos, comandantes y comandantas) donde sin duda vivieron experiencias y condiciones que les han permitido un verdadero encuentro con la nación, con los explotados y oprimidos de México. Se han estrechado como nunca las relaciones e intercambios entre todos los muy diversos y numerosos pueblos indios del país, pero igualmente con campesinos, trabajadores de distintos sectores (especialmente maquiladoras), pescadores, jóvenes, mujeres, todos los diferentes (homosexuales, lesbianas, transexuales), profesores y universitarios que ven en la otra campaña la posibilidad de otra política diferente a la estatal, acaparada por los partidos, excluyente y degradada.

A pesar del escándalo de la clase política, la otra campaña no se hizo contra la campaña electoral ni para impulsar la no participación en las elecciones de 2006. Aprovechó la coyuntura, sí, para abrir brecha lateralmente, en otro terreno, en una dimensión muy distinta. Se trata de otra lógica que a veces choca con la lógica de la política estatal, pero que en lo fundamental va a contracorriente, en carriles diferentes difíciles de encontrarse. Por esto resulta absurdo cualquier eventual frente o alianza entre quienes tienen intereses y objetivos que no solamente no coinciden sino que se enfrentan y anulan mutuamente. La izquierda de arriba (notablemente el PRD) ha mostrado por mucho tiempo que sólo busca acomodarse y gestionar los espacios de poder sobre la base de sus propios intereses, la mayoría de las veces facciosos. Mientras que la izquierda que se construye abajo resiste incluso a los agravios de la primera y no solamente del capitalismo neoliberal.

La situación de los actores colectivos, sus prácticas e intereses, en un contexto de agotamiento y ausencia de resolución de la crisis del viejo-nuevo régimen político autoritario, agudizan la crisis política nacional y abren la posibilidad de enfrentamientos que podrán derivar en una crisis social de grandes proporciones: 1810, 1910, ¿2010? Quien sabe, pero las contradicciones sociales irresueltas, las salidas represivas oficiales y la ausencia de un gobierno legitimado socialmente, no apuntan sino a la continuación de la descomposición de un régimen que no encuentra solución de continuidad.